

La UNAM y la Facultad de Economía en la historia de México

Manuel López de la Parra*

Algún tratadista destacado e influyente en el ámbito académico definió a la universidad de manera precisa, como la ciudad del conocimiento, a lo que nosotros agregaríamos que ciertamente es un espacio libre en donde se piensa, se crea, se investiga y se divulga en un ámbito de la más completa libertad, ¿acaso no lo hace la Universidad Nacional? paradigma por excelencia de la universidad mexicana que se ganó a pulso su autonomía, base medular de la libertad de cátedra. Con esos insumos ha podido crear un modelo *ad hoc* de institución educativa mexicanizada, como lo planteó Justo Sierra en su memorable discurso en ocasión de la inauguración de nuestra Máxima Casa de Estudios, aquel 27 de septiembre de 1910, en el recinto del “Anfiteatro Bolívar”, que bien podría considerarse como el símbolo de la libertad de expresión, para reconocer, además, cómo años más tarde lo hizo Vasconcelos, de retomar ese principio para fundirlo en el escudo universitario –el águila y el cóndor– y en su lema, que expresa a los cuatro vientos, la majestad y la presencia de la gran patria latinoamericana, y que en tiempos recientes, desde los ámbitos de Ciudad Universitaria, las nuevas generaciones valoran su grandeza.

Ciertamente, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

en un ingente universo en donde cotidianamente se piensa, se crea, se discute, se investiga, y así, constantemente, se van formando generaciones de profesionistas que servirán a México; porque hay que tener presente que el modelo educativo actual está integrado –además del conocimiento científico y tecnológico respectivos–, por un aval de carácter humanístico y social.

Los egresados de la UNAM –una de las más grandes del mundo y la más importante de América Latina– aprenden y practican el criterio profesional, lo que les permite ser creativos e innovadores, de tal modo que podrán cambiar la realidad en todos sus sentidos, esto es, socioeconómico, político y cultural.

Pero la UNAM tiene su base fundamental en la Escuela Nacional Preparatoria, fundada en 1867 y que constituye la institución que en su momento –como expresión del juarismo laico, que crearía Gabino Barreda–, adopta el credo positivista de Comté, y que como señala Charles Hale, en su libro *La Transformación del Liberalismo en México a finales del siglo XIX*, dejó de ser una mera ideología y se convierte en soporte de lucha contra unas instituciones y un orden social establecidos, para convertirse en un mito político unificador, es decir, elemento aglutinante de nuestra nacionalidad.

* Premio a la Docencia Universidad Nacional en Ciencias Económicas y Administrativas, 2010.

Agrega Hale, “el liberalismo posterior a 1867 también encontró un ambiente unificador nuevo, influido, en parte, por la introducción de la filosofía positivista, que impacta no sólo a la política, sino a la educación superior. En este caso la Escuela Nacional Preparatoria y tendría como sede al antiguo edificio del Colegio de San Ildefonso, donde enseñó José María Luis Mora, que representaba en ese entonces, un proyecto modernizador.

Entre los teóricos destacados que representaron el influjo de esa corriente, se encontraban, el propio Justo Sierra, así como varios ideólogos que destacarían en ese entonces como Porfirio Parra, Francisco G. de Cosmes, Francisco Bulnes, Emilio Rabasa, Andrés Molina Enríquez, Horacio Barrera y Agustín Aragón. Pero también hay que mencionar a los teóricos fundamentales del liberalismo mexicano, continuadores de las ideas de Mora, entre los que destacan: Mariano Otero, Ignacio L. Vallarta; Melchor Ocampo, entre otros. Así mismo, Joaquín Eguía Liz, que fuera el primer rector de la UNAM, creada en 1910, y Ezequiel A. Chávez; partícipe de la elaboración de ese proyecto, como integrantes y egresados de lo que ha sido y es la Escuela Nacional Preparatoria.

Pero no podemos pasar por alto el significado y razón de ser de lo que es y ha sido la Universidad, en su

sentido genérico, como la considera, por ejemplo Ortega y Gasset, puntos de vista ideológicos que no obstante expresados hace tiempo conservan matices de frescura y de actualidad.

Pero debemos tener muy presente el significado de esa simbiosis, profunda e irreversible que significa la transculturación del espíritu y la raza, en su proyección social y humanística que ya había avizorado el propio Sierra y que Vasconcelos lo interpretaría con profundo sentimiento filosófico, y que retomaría el movimiento estudiantil de 1929, que tiene como trasfondo el mensaje de la declaración de los estudiantes de Córdoba, Argentina, de 1918; ciertamente un año proteico porque durante su transcurso se registran acontecimientos trascendentes para un siglo violento, que se iba transformando a gran prisa. En efecto, es el año de la gran crisis económica que estuvo a punto de acabar definitivamente con el sistema económico determinante, y que el replanteamiento de la teoría económica por J. M. Keynes —que causó toda una revolución, y la puesta en marcha de la política del *New Deal*, por el presidente Roosevelt, de Estados Unidos—, puso a salvo un sistema económico que por su naturaleza afectó a ese tipo de fenómenos que han sido recurrentes.

Pero eso no fue todo, pues el año 1929, en México posrevolucionario, registra la lucha por la autonomía de

Un hecho relevante para la época, habría de ser la creación de la London School of Economics and Political Science, que deslumbró a Daniel Cosío Villegas, en aquellos tiempos de su dorada juventud; deslumbrado, dice en sus *Memorias*, por esa creación de Sidney y Beatrice Webb, que había conocido a través de sus libros, en especial por su *Fabian Essays*, por su tesis de la creación de un socialismo gradual, origen, de lo que sería más tarde, el Labour Party Inglés.

Durante el tiempo que permanece Cosío Villegas en Londres, asistía con frecuencia a las conferencias y seminarios de Harold J. Laski en el apogeo del su talento y de su fama.

El país requería, apenas de manera inmediata de la creación de esa nueva profesión, qué mejor ocasión que crearla en aquel proteico 1929 dentro de la Universidad Nacional, que en 1929 estaba bajo la rectoría de Antonio Castro Leal –uno de los siete sabios mexicanos– y acerca de determinar de quién fue la idea, conlleva una versión controvertida Cosío Villegas se adjudica la paternidad, mientras la versión más admitida recae en Narciso Bassols, por esas fechas director de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

Acerca de los orígenes y expansión de la carrera de economía, se han elaborado varios libros. Sin embargo, una de las más recientes (13ª edición en español 2003, publicada por el

Fondo de Cultura Económica) de la autoría de la socióloga norteamericana Sarah Baab “Proyecto: México” –los economistas del nacionalismo al neoliberalismo– cuyo sentido a *grosso modo*, expresa la necesidad de esa primera época, de la realización de los postulados de la Revolución Mexicana, y la modernización del país, en su enfoque macroeconómico, con influencia del nacionalismo revolucionario de esa primera etapa, pero con un contexto humanista, inclinado marcadamente al pensamiento de izquierda. Así, desde sus inicios figura esa tendencia en todos y cada uno de sus planes de estudio.

Pero, en aquellos años turbulentos tanto en el país, como en el mundo, la creación de una nueva profesión, en México, con esa tendencia, era una herejía. Por esas fechas, escenario ya de luchas estudiantiles, alguien tuvo la ocurrencia de pergeñar unos versos ripiosos aludiendo a la Economía Política, “...Pues esta ciencia imprudente, molesta al capitalista y si el pueblo la interpreta, se convierte en dinamita...” huelga los comentarios, diríamos.

Sin embargo, ha habido una evolución de la profesión de economista en México, y la tendencia destacada actualmente es la de consolidarse como un bastión de los modelos neoclásicos de acuerdo con la corriente estadounidense, que señorea el ámbito y de los tecnócratas que promueven

Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), y más tarde el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, en donde se enseñaría economía neoclásica, obviamente sin la retórica socialista. Desde el nacionalismo hasta el neoliberalismo los economistas mexicanos han estado en el centro de la toma de decisiones que impactan a todos. Sus “supuestos”, para bien o para mal, se han traducido en efecto, en políticas públicas que determinan la vida de todo un pueblo.

- Pero repensando la trayectoria vital de la Facultad de Economía, hay que mencionar que, en el proceso de su integración ha pasado por tres etapas:
- La primera, en sus orígenes, como Sección de Economía adscrita a la Facultad de Jurisprudencia, durante el breve lapso en que fue director Narciso Bassols.
- La segunda, corresponde a su conversión en Escuela Nacional de Economía, en 1935, debido al esfuerzo de Enrique González Aparicio, que fue su primer director. Sería, en el edificio que ocupó en República de Cuba 92, en los confines del barrio universitario de San Ildefonso, donde bajo la dirección del maestro Gilberto Loyo, la profesión se consolidó definitivamente.
- La tercera etapa de su devenir académico habría de ser ya ubicada en su recinto en Ciudad Universitaria, donde gracias a la labor y el esfuerzo de su director, José Luis Ceceña Gámez, que logra establecer la

División de Graduados, con lo que se convierte en Facultad, en el año de 1974. Bajo su comprensiva dirección, los estudiantes ganaron representación paritaria permanente junto a los profesores en el Consejo Técnico.

Queremos, así mismo, agregar algo más al respecto. La enseñanza de la economía, en lo que hoy día es la Facultad de Economía, ha pasado por cuatro grandes corrientes del pensamiento económico que son, más o menos, las siguientes:

- La primera, durante sus orígenes, influencia determinante de la Escuela de Economía de Londres. Ya que varios de sus primeros profesores estudiaron ahí: Daniel Cosío Villegas, Víctor L. Urquidi, Miguel Palacios Macedo, y el mismo Enrique González Aparicio.
- La segunda corresponde a la participación de varios profesores europeos, exiliados políticos en los años de la posguerra de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y por las persecuciones políticas de los gobiernos totalitarios en Alemania e Italia. Entre ellos destacan el alemán Alfons Godsmith; el suizo Fritz Bach y el italiano Francisco Frola. Vendría también el húngaro László Radványi, que a su regreso a lo que fuera la Alemania Democrática adoptaría el nombre de Johan Schmidt. Radványi, ciertamente era un genio. Conocía a la perfección las distintas corrientes del pensamiento económico; su clase era un pozo de sabiduría, considerada en verdad

y Jaime Zurita; el peruano Miguel Ángel Alza Araujo; el argentino Rodolfo Puiggrós, que fuera rector de la Universidad de Buenos Aires (“...el ejemplo de los revolucionarios auténticos, de los que se entregan a su causa con pasión integral, de los que no miden los riesgos, ni esperan que otros se jueguen por ellos en nombre de una falsa superioridad intelectual.” (*La Jornada*, 16-03-2011) Eran los tiempos en que como recordó Teresita Aguirre, en que la Facultad de Economía se convirtió en un centro de generación y difusión del pensamiento económico latinoamericano de vanguardia.

Hemos hecho, pues, un largo, sinuoso y complejo recorrido por la trayectoria histórica que comprende la vida, la existencia, el devenir académico de nuestra Facultad, desde aquellas fechas heroicas, precarias, austeras, de incertidumbre en que inició sus tareas docentes aquel lunes 20 de febrero de 1929, cuando en el recinto acogedor situado al lado derecho del cubo del zaguán, de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, sito en San Ildefonso 28, en el corazón del famoso Barrio Universitario, ahora considerado simplemente como Centro Histórico de la Ciudad de México, ante un grupo atiborrado y heterogéneo de estudiantes de diferentes edades y condiciones sociales, el maestro Daniel Cosío Villegas dio comienzo a su curso de Teoría Económica, que seguramente por la forma en que

Cosío Villegas manejaba el discurso académico, conmovió, cimbró, cautivó a aquellos primeros alumnos, la generación primera, de una profesión nueva y desconocida en México, en un México que en esos momentos de plena coyuntura económica, social y política, como dirían los economistas modernos, luchaba por reencontrarse en el contexto de una nueva realidad, después de un proceso muy intenso de cambios, de evoluciones, de propósitos de superación en todos los sentidos de la palabra.

Sin duda, ya dentro de su configuración como Escuela Nacional de Economía, y después como Facultad de Economía, este organismo universitario ha participado intensamente en las luchas sociales de México, haciendo oír su voz, su presencia, ha sido, por tanto, la de uno de los planteles universitarios de mayor empuje revolucionario, donde el pensamiento y la acción marchan de manera concomitante, donde sigue siendo la bandera la enseñanza crítica.

¡Ah! Las luchas emprendidas por tantas y tantas generaciones de jóvenes estudiantes en pro de las reivindicaciones sociales de México y de su pueblo, de sus clases sociales marginadas y oprimidas. Siempre presentes, el pensamiento y la acción, todo envuelto en suave halo de la esperanza y de los arrestos juveniles. Generación del 68, y también del 29, que marcan hitos indelebles en la vida universitaria

Noble tarea, heroica tarea la de la enseñanza a nivel universitario y más cuando se trata de una disciplina como lo es la ciencia económica, tan llena de vicisitudes, de variables, de vericuetos, de verdaderos laberintos donde el maestro, el investigador; el alumno guiado por sus mentores, tendrá que encontrar el camino correcto, y extraer las enseñanzas adecuadas, aquellas que han de servir para progresar, para diseñar estrategias y políticas económicas que sirvan a México, porque, ciertamente, la ciencia económica tiene dos aspectos, dos caras, una positiva, es decir, aquella que sirve para elaborar políticas económicas que redunden en el bienestar de las familias, y la otra que vienen a ser la parte negativa, la que procura la creación de lo que Vivienne Forrester llama, paladinamente, “El horror económico”, y lo explica, lo desmenuza, y demuestra sus hipótesis, y sus postulados, porque advierte que un mundo desaparecido pretende contra viento y marea, perpetuarse mediante políticas artificiales a modo de configurar “una extraña dictadura”

Un mundo, en fin, en el que nuestros conceptos del trabajo y por ende del desempleo carecen de contenido y en el cual millones de vidas son destruidas y sus destinos aniquilados. La docencia, la investigación, la enseñanza misma, tiene por tanto, desde este punto de vista, una gran responsabilidad, que es la de orientar

de manera objetiva las mentes juveniles, que son por esencia entidades manejables, moldeable, fáciles de influir, fáciles de tergiversar.

Dos generaciones significativas en las luchas estudiantiles, lucha que tuvo repercusión nacional, la del 29, la generación de la autonomía y la del 68, la de la apertura democrática en un México que ya requería cambios profundos en sus estructuras.

En estos casos, la profesión de economía, en el contexto de esos dos grandes proscenios, en medio de esos dos parteaguas de la vida nacional, se había de nutrir, se había de retroalimentar, en el segundo caso, y su participación, en muchos aspectos, habría de ser determinante.

La ejecutoría del 29, nos dice Baltasar Dromundo, corrigió, elevándola a juicio definitivo transformándola por los hechos, la opinión moral que realmente merecían los jóvenes de esa época atormentada que agitó a las conciencias y a toda la juventud como si fuera un árbol áureo de la nación, con lo que vino a tierra lo que de podrido permanecía adherido a sus ramas frondosas: caía del árbol lo que era material de desecho y rápidamente reconstruido por los vertederos políticos de la hora, las horas del México del 29.

“...La universidad se hizo autónoma por la revolución de nuestra palabra, nuestra huelga y nuestro sangre, han pasado ya cincuenta años y

Oskar Lange, Celso Furtado, Felipe Herrera, Oswaldo Sunkel, Raúl Prebisch, Ernest Mandel, John Gailbraith, James J. Heckman (Premio Nobel de Economía, 2000) y Paul Sweezy.

Resultaría prolijo mencionar a los muchos egresados que han destacado en el ejercicio de la profesión de economista: secretarios de estado, embajadores, diputados, senadores, gobernadores, presidentes municipales; así como destacados empresarios e intelectuales de vanguardia. Asimismo, de sus aulas han egresado importantes funcionarios de organismos internacionales.

Por solo citar alguno, ahora recuerdo a Roberto Martínez Le Clainche quien fue uno de los primeros doctorantes en Economía que hubo en México, obtuvo el grado en la Universidad de París –La Sorbona: tres–. Los otros dos fueron, Josué Sáenz, que estudió en Cambridge con Keynes y Alfredo Navarrete Romero, en Harvard. Martínez Le Clainche fue profesor de la ahora Facultad de Economía. Ocupó el cargo de Secretario General de la misma, durante la gestión del maestro Torres Gaitán. Le tocó llevar a cabo la mudanza del edificio de Cuba 92, a la Ciudad Universitaria. Entre su obra escrita, figura su libro sobre *Teoría monetaria*, asignatura que impartió en la que fuera Escuela Nacional de Economía.

Fue consultor de la CEPAL, analista del Banco de México, director general de Estudios Económicos de la Secretaría de Industria y Comercio; jefe de Asesores de Estudios Económicos en el IMSS; embajador de México en Bélgica, gran duca de Luxemburgo y representante permanente de México ante las comunidades Europeas; embajador y representante de México ante los organismos de Naciones Unidas con sede en Ginebra; embajador de México en el Uruguay y representante permanente de México primero ante la ALADE y posteriormente ante la ALADI.

En sus memorias comenta cómo se efectuaban las clases en la Universidad de París –La Sorbona– donde estudió el doctorado “Fuente de la Sabiduría Universal” en donde los alumnos rompan la solemnidad del claustro para comentar en voz alta o hacer mofa de lo que el maestro explicaba...

Para concluir esta reseña, en donde se relata solo destellos aislados de lo que ha sido la trayectoria, no solo de la ahora Facultad de Economía, sino de sus maestros, alumnos y egresados, queremos hacerlo mencionando algo más acerca de Roberto Martínez LeClainche, que haciendo un esfuerzo poco común, logró satisfacer su gran deseo, estudiar y doctorarse en la Universidad de París.

